

MEDITACION CLV.

JESÚS ES PREGUNTADO POR UN DOCTOR DE LA LEY.

(Luc. x, 25-29).

DE LA LEY DE DIOS.

Nosotros vemos aquí en qué consisten el estudio, el compendio, la práctica y la dificultad de la ley de Dios.

PUNTO I.

Estudio de la ley de Dios.

«Y alzándose un cierto doctor de la ley para tentarlo, le dijo: «Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?...»

Viendo este doctor la alta reputación que se había adquirido Jesucristo en toda la Palestina, quiso ponerlo á la prueba, examinar á fondo su capacidad, y procurar el modo, ó de embarazarlo, ó de hacerle decir alguna cosa que pudiese volverse contra él... Fue justamente en día de sábado, y en ocasión que Jesús enseñaba al pueblo en la sinagoga, cuando este doctor se alzó en medio de la asamblea, y propuso una pregunta indeterminada y general, á la cual no era tan fácil dar una respuesta cumplida y precisa. Pero Jesús, por no empeñarse con él, y para dejar que su mismo adversario propusiese, «le respondió: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lees tú?...» ¡Cuántos hacen aun ahora la misma pregunta de este doctor de la ley! Se les oye decir algunas veces: quisiera yo ciertamente saber qué cosa se deba hacer para salvarme. ¿Qué es lo que se debe hacer para ser salvo? ¡Preguntas vanas y abusivas! ¡como si no lo supiésemos, como si Dios nos lo dejase ignorar, como si no tuviésemos su ley! Pero respecto de esta santa ley, hé aquí nuestra culpa.

Lo 1.º *Nosotros no la leemos...* Ni menos vamos á oír á aquellos que están encargados de anunciárnosla y de explicárnosla. De hecho, pregúntese á algunos ¿qué se necesita hacer para salvarse? ¿qué es lo que está escrito en la ley de Dios á este propósito? ¿qué dice el Evangelio sobre esta importante pregunta? ¿qué os dicen las reglas de vuestro estado? ¿qué dicen los padres y maestros de la vida espiritual? ¡Ay de mí! nada se sabe, nada se lee, y con todo eso se trata de obtener una vida eterna, de evitar una muerte eterna, y entre tanto se vive en la indiferencia. Se leerá un libro que trate de la manera de conservar la propia salud, de mantener la propia be-

lleza, ó que proponga medios de enriquecerse; y se omiten despues aquellos que tratan de la salvación, y que enseñan los medios de procurarse una vida y una felicidad eterna. Jamás cae en las manos de algunos el gran libro de la doctrina cristiana, y muchos, porque están ya en una edad avanzada, creen hacerse una grave injuria é volver á leerlo; y llegan despues al fin de su vida doctos en otras muchas materias, pero ignorantes hasta de los principales misterios de la religion católica: para con otros muchos es como una muestra de ánimo vil, de un humor tétrico, y una propiedad de personas ociosas el atender á la lección de los libros espirituales y de las máximas evangélicas... ¡Oh funesto olvido! ¡oh deplorable ceguera! ¡Ah! comencemos desde ahora á señalar algun tiempo en la distribución de nuestra vida para la lección espiritual; no pasemos dia alguno sin leerla; elijamos con el consejo de un director iluminado los libros que convienen á nuestra situación y á nuestro estado, y que no estén prohibidos por la Iglesia. Vosotros, entre tanto, padres y madres, advertid la obligación gravísima en que Dios os ha puesto de instruir á vuestros hijos en la Religion, no desdendiéndolos de estudiar la ley de Dios para enseñarla á ellos: de este modo será cristiana la educación que les daréis, y no solo se criarán dignos hijos de la santa Iglesia, sino tambien fieles y honestos ciudadanos.

Lo 2.º *Nosotros leemos mal la ley de Dios...* «¿Cómo lees tú?...» Esta es una pregunta que se nos puede hacer, en un sentido diverso del que Jesucristo la hace al doctor. Si se lee la ley de Dios, se lee por uso, por costumbre, con negligencia, con precipitación, con náusea, y únicamente por dar á entender haberla leído y haber satisfecho á esta obligación. Se recorren rápidamente algunas páginas sin reflexionar lo que se lee, y sin aplicárselo, sin pensar en las ocasiones y en la manera de practicarlo. Se lee por vanidad, para saber lo que contienen los libros santos y los libros de piedad, y poder hablar de ellos para adquirir conocimientos y adornar su espíritu, y para recoger hechos y pensamientos con que poder lucir presentándose la ocasión: esto es lo que se busca en estos libros, y no ya el instruirse en sus propias obligaciones y en la voluntad de Dios... Se lee por impiedad, con espíritu de crítica y de censura; se desprecia el estilo; se van buscando dificultades y contradicciones; se fomentan las propias dudas; la irreligion echa profundas raíces, y los propios prejuicios se confirman: todo se interpreta segun el propio capricho, todo se aplica en favor del error de que se está pre-

venido, y solo se retiene lo que parece propio para combatir la Religión y la Iglesia. ¡Lecciones estériles, profanas é impías!

Lo 3.º *Nosotros leemos todo lo que es contrario á la ley de Dios...* «¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lees tú?...» Si se trata de la ley de Dios, nosotros nada sabemos; pero si se trata de todo aquello que es contrario á la ley de Dios, lo sabemos todo: romances, comedias, tragedias, libelos satíricos é infamatorios, obras de impiedad y de impudicia, libros contra la Religión y las costumbres, contra la Iglesia, contra los príncipes, contra el Estado: hé aqui los libros que cada dia, ahora mas que nunca, corren por las manos de toda suerte de personas, sin que el ejemplo y la autoridad del príncipe, y la vigilancia de las leyes puedan contener su curso. Para leerlos se halla siempre tiempo, para comprarlos hay siempre medios, para encontrarlos se usa toda la diligencia y la industria posible; pero para los libros de piedad todo esto falta. ¡Ah! ¿y nos ha puesto Dios sobre la tierra para esto? ¿Es este el uso que hacemos de la vida que Dios nos ha dado? Pero ¡ay de mí! cuando citados á su tribunal nos haga él mismo esta pregunta: ¿Qué has leído? ¡Cuál será nuestra sorpresa, nuestra desesperacion y nuestra vergüenza!

PUNTO II.

Compendio de la ley de Dios.

«Él respondiéndolo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo...» Tal fue la respuesta que el doctor dió á Jesucristo, y que Jesucristo aprobó: tal es el compendio de la ley de Dios en que todo se incluye.

1.º *Aquel ama á Dios con todo su corazón...* que nada ama mas que á Dios, nada igualmente que á Dios, nada sino con la mira á Dios y por Dios; que está dispuesto á perder, á dejar y á sacrificarlo todo por agradar á Dios antes que ofender á Dios: el que no tiene en su corazón otro amor ú odio, otro deseo ó temor, otra inclinacion ó aversion, que por respeto á Dios y segun Dios.

2.º *Aquel ama á Dios con toda su alma,* que está dispuesto á dar su vida por Dios, á sufrir toda suerte de tormentos, y á privarse de toda suerte de placeres, antes que perder la gracia de Dios: el que por agradar á Dios cierra, en cuanto le es posible, la entrada en su alma á las impresiones que le pueden hacer los sentidos: el que desecha todas aquellas que podían desagradar á Dios, y regula todas las que en sí recibe segun la voluntad y el agrado de Dios.

3.º *Aquel ama á Dios con todas sus fuerzas,* que por la gloria de Dios no perdona á fatiga, á trabajos, á penas: el que le sacrifica su tiempo, su cuerpo, su salud, su reposo: el que emplea en el servicio de Dios sus bienes y sus talentos, su poder, su crédito y su autoridad.

4.º *Aquel ama á Dios con todo su espíritu,* que se aplica á conocer á Dios y su voluntad: el que recibe con respeto y sumision las verdades que Dios ha revelado á los hombres, y nos enseña la Iglesia: el que estudia la ley de Dios, medita en ella los misterios, los preceptos y las recompensas: el que no estudia las ciencias profanas, sino cuanto es necesario para el servicio de Dios: el que no forma proyectos ó designios sino en orden á Dios, y por los intereses de su gloria: el que desecha de su espíritu, de su imaginacion, de su memoria todo pensamiento inútil y peligroso, toda idea capaz de mancharlo ó alejarlo de Dios, y llena todas sus potencias de todo lo que puede llevarlo á Dios y acrecentar su amor: el que no ve sino á Dios, no estima sino á Dios, no desea pensar en otra cosa que en Dios, ni entretenerse sino con Dios... ¡Ay de mí! ¡y cuán léjos estoy yo de esta perfeccion del amor divino! En mí todo está manchado y corrompido del amor de mí mismo y del amor de las criaturas... ¡Cuándo vendrá aquel tiempo, ó Dios mio, en que os amaré á Vos solo, en que mi corazón, mi alma, mi cuerpo y mi espíritu os estarán perfectamente sumisos, y podrán responderos que os amo!

5.º *Aquel ama á su prójimo, como á sí mismo,* que tiene por su prójimo aquella estima, aquel respeto, aquel amor, aquella benevolencia, aquellas atenciones, aquellas miras, segun su proporcion y su clase, que querría que otros tuviesen por él mismo: el que habla al prójimo ó del prójimo, como querría que otros hablasen de él mismo ó á él mismo: el que sufre sus defectos, esconde y excusa sus culpas, alaba lo que es laudable, sostiene sus intereses, y los defiende como querría que otros lo hiciesen por su respeto; y el que, finalmente, le hace todos los servicios efectivos que desearia que á él mismo le hiciesen... ¡Vasta materia de exámen y de reforma! ¡Grande motivo de dolor y de confusion!

PUNTO III.

Práctica de la ley de Dios.

1.º *Cuánto sea esta necesaria...* «Y (Jesús) le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás...» No basta, pues, responder bien, saber bien, enseñar bien, hablar y escribir bien; es necesario ha-

cer bien. ¡Ah! ¡cuántos se engañan en este punto! ¿No soy yo, por ventura, de aquellos á quienes dice san Pablo: Vosotros que enseñais á otros, no enseñaréis tambien á vosotros mismos? Vosotros haceis lo que decís que está prohibido, y no haceis lo que decís que está mandado.

2.º *En qué consista esta práctica...* En los ejercicios de la vida espiritual... Todo lo que despues del Evangelio nos enseñan los maestros de la vida espiritual, todos los ejercicios que estos nos ordenan, y todas las virtudes que nos mandan adquirir, se enderezan á hacernos practicar el gran precepto del amor de Dios y del prójimo. Oracion, meditacion, leccion espiritual, frecuencia de Sacramentos, victoria de las pasiones, mortificacion de los sentidos, maceracion de la carne, humildad, obediencia, despego de las cosas del mundo, dulzura, resignacion, paciencia, todo va dirigido á este punto de formar en nosotros el amor de Dios, de aumentarlo y de perfeccionarlo siempre mas, y hacernos familiar la caridad del prójimo. Este es el fin que debemos proponernos, y al que debemos aspirar en todas las cosas. Ahora, ¿cómo nos aplicamos nosotros á estos santos ejercicios? Si los omitimos, ¡ah! no nos admiremos que este amor de Dios y del prójimo no estén en nosotros, ó que si están, sean tan débiles y tan lánguidos, y cada día mas próximos á apagarse. Pongamos, pues, mano á la obra, hagamos, obremos, comencemos.

3.º *Cuál sea su recompensa...* «Haz esto, y vivirás...» Vivirás en este mundo una vida espiritual, vivirás de una vida interior, de una vida de amor, de una vida deliciosa que recompensará abundantemente todas tus penas, de una vida que el mundo no conoce, y que tal vez es desconocida á los mismos que han abandonado el mundo; porque despues de haberlo abandonado no se han abandonado á si mismos para amar á Dios solo... En la muerte misma vivirás, y cuando te será anunciada tu última hora, vivirás por un aumento de júbilo y de consolacion, y por los dulces transportes de una esperanza llena de inmortalidad: finalmente vivirás en la feliz eternidad, en las delicias del amor divino, perfecto y consumado. Ahora, ¿puede nuestro corazon estar frio é indiferente á la proposicion de una recompensa tan noble, tan deliciosa y tan duradera?

PUNTO IV.

Dificultades sobre la ley de Dios.

Viendo el doctor que Jesucristo le habia hecho responder á él mis-

mo á la pregunta que propuso, se halló cogido y embarazado; y para no mostrarlo y hacer ver que él habia tenido razon de proponer esta pregunta... «queriendo justificarse á sí mismo...» se empeñó en examinar este punto, proponiendo una nueva dificultad, como si fuese una cosa muy grave y dificil en la ley de Dios... «Dijo «á Jesús: y ¿quién es mi prójimo?...» ¡Oh, y cómo en esta salida se declara y echa bien de ver el espíritu de orgullo y de indocilidad, de antipatía y de celos, de disputa y de sutileza! ¡Ay de mí! ¡cuántas disputas se mueven entre nosotros sobre este precepto del amor de Dios, disputas que han iluminado menos el espíritu, que ofendido el amor de Dios mismo y el del prójimo! ¿No se podria decir á estos eternos habladores, dejad de una vez todas vuestras sutilezas, y aplicaos á amar á Dios con todo vuestro corazon; á esto, en cuanto os será posible, inducid, y exhortad y animad á los otros? Pero no: quieren disputar y hacerse valer, embrollando los unos y los otros. Piden que en esta ley se les distinga lo que es de precepto y de consejo, lo que es de precisa necesidad y lo que es de perfeccion; y si alguno lo emprende, ¡oh y cuántas y cuán vanas é insidiosas preguntas le van echando en cara estos temerarios! Si les respondeis que vos sobre esto os ateneis á las decisiones de la Iglesia, que aprobais lo que ella aprueba, y condenais lo que ella condena; no obstante que este sea el camino mas breve y mas seguro, el mas tranquilo é iluminado, no callarán aun; os preguntarán: ¿quién es esta Iglesia? ¿dónde se halla? ¿en quién reside, y en qué consiste? ¡Ah! no es dificil ver la Iglesia á los que no cierran los ojos; pero queriendo justificarse á sí mismos, no quieren jamás someterse, quieren disputar. ¡Ah! evitemos esta suerte de espíritus, que solo se deleitan en altercaciones, en disputas y en discordias. Vamos á Dios con simplicidad, y sirvámosle con alegría. Pidámosle su santo amor, y trabajemos por adelantarnos en él todos los días.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Dios mio, infundid en mi corazon este espíritu de amor, sin el cual no puedo ser verdaderamente justo ni eternamente feliz, sin el cual no podré jamás agradaros en este mundo ni poseeros en el otro. Haced que sean consagrados todos mis pensamientos y todas mis acciones á vuestro divino amor. Amen.

MEDITACION CLVI.

PARÁBOLA DEL SAMARITANO.

(Luc. x, 30-37).

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO.

Consideremos aquí: 1.º la falta de caridad, y cuál es su origen; 2.º la caridad del samaritano, y cuál fue su carácter; 3.º la caridad de Jesús para con nosotros, y cuál fue su profusion.

PUNTO I.

Del defecto de caridad, y cuál es su principio.

Habiendo el doctor de la ley preguntado á Jesucristo quién fuese el prójimo, y quién se debiese entender bajo de este nombre, le respondió Jesús con esta parábola, la cual instruyendo á este doctor de muchas verdades, lo forzó por la segunda vez á responder también él mismo á su propia pregunta... «Y Jesús tomando la palabra, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y dió en «poder de unos ladrones, los cuales lo despojaron; y habiéndole «herido, se fueron, dejándole medio muerto; y sucedió, que pasó «por el mismo camino un sacerdote, y habiéndolo visto, pasó adelante; del mismo modo un levita llegando cerca de aquel lugar, «y viéndolo, tiró adelante...» Pintura natural de la poca caridad que reinaba entonces aun entre los sacerdotes y levitas del pueblo judaico. Pero en esta pintura ¿no nos reconocemos, por ventura, á nosotros mismos? La causa de la poca humanidad en nosotros, y de nuestra falta de caridad, ¿no proviene, acaso, de los mismos principios, ó antes bien de los mismos vicios que se reducen á los siguientes?

1.º *El orgullo...* Este hombre cubierto de llagas y moribundo era judío, de la misma nacion, de su misma ciudad; era su paisano. ¡Cuántos títulos unidos al de la naturaleza para empeñarlos á socorrerlo y aliviarlo! Pero este era un simple hombre, un hombre comun, desconocido, sin título y sin cualidad; y ellos eran sacerdotes, levitas, de una tribu honrada y distinguida entre las otras. Por tanto lo miraron todo á lo mas por un momento y por curiosidad. Hubiera sido envilecer su estado el detenerse mas, y siguieron su camino... ¿No se ven, por ventura, con ojo igualmente soberbio la miseria, la desnudez, las llagas, en una palabra, las necesidades de los pobres? Algunos ni aun se dignan de acercarse á es-

tos miserables, y aliviarlos á lo menos con palabras... ¿Qué, si fuese un grande, un hombre de distincion quien implorase nuestra asistencia? Voláramos en su ayuda, en su socorro, y tendríamos á mucho honor el serles generosos; mas para aquel hombre de la hez del pueblo, ¿qué gloria no nos vendria de haberlo socorrido en su necesidad? ¡Ay de mí! ¿cuántas veces nos ha impedido el orgullo ejercitar obras de caridad para consolar un espíritu afligido, un corazon lleno de dolor, y para sanar llagas que acaso nosotros mismos hemos hecho?

2.º *El interés...* Este hombre habia sido robado, despojado, y no le quedaba ya cosa alguna. No podian aliviarlo de otro modo que á su propia costa, y sin esperar de él ni paga ni recompensa alguna; ¡oh! á este precio no se hace servicio alguno. Si se trata de una persona de quien se pueda esperar alguna cosa, cada uno solícito, afectuoso, liberal, generoso y aun pródigo, se ofrece á socorrerla. Pero ¿no hay cosa que esperar? Entonces nada se puede, nada se tiene, ni siquiera el tiempo y la comodidad de detenerse un momento... ¡Cuántas obras de caridad decimos nosotros que no podemos hacer, y que hiciéramos de buena gana si se tratase de una persona de quien dependiese nuestra fortuna!... Un semblante afable, una manera cortés, palabras dulces, servicios obligantes, nada de todo esto nos seria costoso, si encontrásemos allí nuestro interés; pero siendo sola la caridad la que nos lo manda, todo nos es imposible.

3.º *La dureza del corazon...* El estado de este hombre era verdaderamente digno de compasion. ¿Quién habria que pudiese verlo sin enternecerse? Pero fuera de que el orgullo y el interés hacen los hombres duros é insensibles á la miseria ajena, hay corazones que se han formado un hábito cruel de no enternecerse de cosa alguna. Nosotros no somos de cierto de este género, y en la presente ocasion nos habríamos movido á compasion; pero en otras ocasiones ¿no mostramos una semejante insensibilidad y dureza de corazon? ¿No vemos á nuestro prójimo en la afliccion, en la inquietud, y nosotros hacemos de esto befa; en la enfermedad, en los dolores, y nosotros lo motejamos; en el abatimiento y en la opresion, y nosotros lo insultamos? nuestras befas, nuestros motes satiricos lo ofenden, lo hieren, lo desesperan, y nosotros continuamos en afligirlo; y léjos de curarlo, como acaso nos seria fácil, añadimos llagas sobre llagas, sin darnos por sentidos, y aun nos gloriamos. ¡Ah! temamos que esta insensibilidad, que esta dureza que tenemos para con nues-

tro prójimo no recaigan sobre nosotros, y cierren para nosotros las entrañas de la misericordia de Dios, el cual ha prometido tratarnos como tratásemos á los otros.

4.º *El amor propio...* Este hombre no solo estaba en un estado bien digno de compasion, sino que tambien causaba horror, medio muerto, cubierto de sangre y de heridas. ¡Qué espectáculo para hombres llenos de amor propio y de delicadeza! Todo lo que cada uno de ellos pudo hacer, fue sufrir por un momento aquella vista, y pasar adelante... Los que se hallan necesitados de nuestro socorro, ofenden nuestra delicadeza y nos inspiran náusea; tienen los miserables enfermedades corporales y espirituales, son de humor melancólico y triste, tienen defectos, tienen modales que nos desagradan y que nos disgustan... Pues estos defectos son los que es necesario sufrir, estas repugnancias son las que conviene vencer, para ser verdaderamente caritativos. El tener celo y solicitud solo para aquellos que nos agradan y para aquellos con quienes tenemos simpatía, no se llama caridad, es amor propio.

PUNTO II.

De la caridad del samaritano, y cuál fue su carácter.

«Pero un samaritano, que hacia su viaje, llegó cerca de él; y «viéndolo, se movió á compasion. Y se le acercó, le vendó las heridas, esparciendo sobre ellas aceite y vino; y poniéndolo sobre su «jumento, lo condujo á la posada, y tuvo cuidado de él. El día siguiente sacó dos denarios, y los dió al huésped, y le dijo: Ten «cuidado de él, y todo lo que gastares de mas, te lo daré á mi «vuelta...»

¡Admirable caridad! recojamos todos sus caractéres compendiosos aquí por Jesucristo con tanta diligencia, y si me atrevo á decirlo, con tanta complacencia, para presentárnoslos en esta parábola.

1.º *Caridad universal...* No considera que este hombre miserable es un judío; no atiende á la antipatía que ocasionaba y ordinariamente ocasiona la diversidad de la nacion, de país y de religion: es un hombre, y esto basta para él.

2.º *Caridad compasiva...* No puede resistir al espectáculo de este judío herido y abandonado, sin moverse á compasion de él.

3.º *Caridad operante...* No se contenta con concebir estériles sentimientos, con hacer inútiles votos, y con desearle ó pedir para él

la asistencia de Dios. No obstante cualquiera precision que podia tener, se baja de su caballo; y á pesar de cualquiera repugnancia que podia sentir, se acerca al miserable, lava sus llagas, le mitiga y endulza el dolor, y le restaña la sangre.

4.º *Caridad generosa...* Este samaritano se habia provisto de vino y de aceite, ciertamente para su uso; pero su caridad le hace olvidar las propias necesidades, y se juzga afortunado por hallar en su abundancia con que socorrer la necesidad de un infeliz.

5.º *Caridad laboriosa...* No solo sacrifica lo que tiene para su propio uso, sino que se incomoda aun y se fatiga: pone al enfermo en su propia caballería, lo sigue á pié, y él mismo lo conduce hasta encontrar un alojamiento.

6.º *Caridad perseverante...* Aquí no lo abandona. Ó súfranlo, ó no lo sufran sus intereses, la necesidad de este desgraciado ha venido á ser su único interés. Toma de él un nuevo cuidado, le hace administrar cuanto necesita, y se está con él todo lo restante del día y toda la noche siguiente.

7.º *Caridad próspera...* ¿Quién no creeria que este caritativo samaritano habia empleado toda su caridad, y cumplido con todas las obligaciones que podia ella señalarle? No, no está contento con esto, piensa aun para en adelante. La mañana siguiente, estando obligado á partirse, deja dineros al dueño del alojamiento para que tenga cuidado del herido... Le encarga que nada se ahorre, y que si lo que deja no basta, supla lo que faltare, prometiéndole que á su vuelta se harán las cuentas, y le pagará cuanto haya gastado de mas.

Después de esta tierna pintura de la caridad, y que ciertamente le debió dar golpe al mismo doctor de la ley, le preguntó Jesucristo: «¿Quién de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel «que dió en manos de los ladrones?...» No habia peligro de errar; el doctor se halló en la precision de responder... «Aquel que usó «con él misericordia...» Y Jesús le dijo: «Vé, y haz tú tambien «del mismo modo...» Tambien nos endereza á nosotros Jesucristo estas palabras: Vamos nosotros, pues, y hagamos como este piadoso samaritano. Seamos caritativos y benéficos con todo el mundo, sin distincion de país y de culto; porque en su necesidad todo el mundo es nuestro prójimo, y tiene derecho á nuestra asistencia.

PUNTO III.

De la caridad de Jesucristo para con nosotros, y cuál ha sido su profusion.

No se puede leer la parábola del samaritano sin ver en ella el retrato del corazón de Jesús pintado por él mismo bajo los mas amables caracteres.

1.º *¿En qué manera ha venido á nosotros Jesucristo?...* El amor, no el acaso, fue el que lo ha conducido. Si ha sido caminante sobre la tierra, este gran viaje lo emprendió por nosotros. Sabía dónde estábamos, y desde lo alto del cielo bajó á nosotros. Sabía en qué estado estábamos, con qué crueldad nos había tratado el demonio, de qué tesoros nos había despojado, de cuántas llagas nos había cargado, y que sin él íbamos á perecer en una muerte eterna. Sabía quién éramos nosotros; esto es, mas reos que miserables, que habíamos caído en un tan miserable estado solo por nuestra culpa, y ofendiéndolo, que éramos esclavos fugitivos y rebeldes, que actualmente teníamos las armas en la mano contra él, y que solamente pensábamos en maternos en nuestra rebelion. Entonces justamente vino á nosotros, no para castigarnos, sino para salvarnos. No solo bajó del cielo á la tierra haciéndose hombre, sino tambien este Dios-Hombre ha sujetado su humanidad á todas nuestras flaquezas y á todas nuestras miserias, para traernos un socorro mas pronto y mas eficaz. Ha sanado nuestras llagas cargándose él de ellas; con tomar sobre sí nuestros débitos, los ha pagado; y con cargarse de nuestros pecados, los ha expiado y los ha purgado... ¡Oh amor divino, quién os podrá comprender!

2.º *¿Cómo nos trató Jesucristo mientras estuvo con nosotros?...* No ya por solo un día, sino toda su vida, trabajó por nosotros: no perdonó diligencias, fatigas ni dones. Sacrificó su reposo, sus bienes, su reputacion: llegó hasta darnos su sangre, y finalmente hasta quedar oprimido del peso de su caridad, hasta morir por librarnos de la muerte. ¿Podemos nosotros pensar en todo esto sin morirnos de amor por él? ¡Ah! vivamos á lo menos por él, y empleemos toda nuestra vida solamente en servirlo y en amarlo.

3.º *¿Dónde nos colocó Jesucristo antes de separarse de nosotros?...* En su Iglesia fundada por él y bañada con su sangre para la salvacion de todos. Y ¡oh qué abundancia de bienes no ha acumulado él en esta Iglesia! En ella se nos han comunicado sus gracias y sus

méritos, y el precio de su muerte y de su sangre por medio de los Sacramentos. ¡Cuántos remedios contra todos nuestros males! cuántos preservativos contra todos los peligros! ¡Qué mesa pura y deliciosa! ¡qué pan, qué vino para nuestro sustento! ¡qué abundancia de luces para nuestra instruccion! Á todo esto añade el Espíritu de verdad que nos asegura la posesion real de todos estos bienes hasta la consumacion de los siglos... ¡Ah! con que si no sanamos, si no vivimos, la culpa no es suya, es toda nuestra.

4.º *¿Qué cosa ha prometido Jesucristo hacer cuando vuelva?...* No solamente ha prometido tener cuenta de cuanto se hará á favor nuestro, sino que nos ha recomendado á las cabezas de su Iglesia, mandándoles que no dejen que nos falte cosa alguna, que nos provean abundantemente de todo: les declara que mirará como hecho á él mismo lo que habrán hecho en favor y contra nosotros; que su descuido en un punto que tanto le interesa será castigado con un suplicio eterno, y que sus atenciones y sus penas tendrán por recompensa una eterna felicidad. Lo que dice á las cabezas, lo dice tambien á los particulares, que deben tener el mismo cuidado por socorrerse y por ayudarse los unos á los otros, para que la union, la paz y la caridad reinen en toda su Iglesia, y hallando cada uno aquí su propia utilidad, tenga tambien ocasion de merecer lo que ha prometido cuando vuelva... ¡Oh vuelta, tanto y tan fácilmente olvidada! ¡Oh divina caridad, bajad hácia nosotros, y del corazón de Jesús extendeos sobre nuestros corazones, para que todos nos amemos como nos ha amado él mismo!

5.º *¿Cuál debe ser nuestro reconocimiento?...* La parábola no dice ni una palabra de reconocimiento del desgraciado judío que fue tan generosamente asistido; no era entonces ocasion de hablar de él, porque Jesucristo queria solo tratar con nosotros del amor que nos tenia; pero continuando la parábola reflexionemos el amor que le debemos. ¿Cuáles deberian ser los sentimientos de este desgraciado cuando vió las solícitas y generosas atenciones que usaba por él un hombre á quien por ningun capitulo pertenecia; al que era antes bien, como judío, un objeto de aversion y de odio, y que nada tenia que esperar de él? ¿Habria hecho acaso mucho en darse todo á él, en consagrarle una vida que solo reconocia de él? ¿Podemos nosotros creer que se haya olvidado jamás de este beneficio, que no lo haya publicado, y que no haya buscado todas las ocasiones de darle pruebas de su mas vivo reconocimiento?...

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! tales son los sentimientos que me habria dictado á mi mismo en semejante ocasion mi corazòn, y de que me parece que seria penetrado. Pero ¡oh cuánto mas debo tenerlo por Vos, Salvador mio, que me habeis propuesto esta parábola, y cuyo amor ha sido mucho mas generoso, y mas señalados los beneficios que los que Vos en ella exponeis! Que si amándoos como debo, no puedo hacer cosa alguna por Vos, ¿rehusaré de servir á mis hermanos, los que Vos quereis que estén reconocidos en lugar vuestro, y no me juzgaré afortunado en servirlos y en emplear todas las cosas por ellos, y daros de este modo una prueba sincera de reconocimiento? ¡Ah! comunicádmela Vos mismo, ó Jesús; comunicadme esta caridad, que no olvida alguna necesidad, algun deber ni algun hombre!... Amen.

MEDITACION CLVII.

JESÚS EN CASA DE MARTA Y DE MARÍA.

(Luc. x, 38-42).

Observemos: lo 1.º la fortuna de Marta, y de María su hermana; 2.º las quejas de Marta contra María; 3.º la decision de Jesucristo entre Marta y María.

PUNTO I.

Fortuna de Marta, y de María su hermana.

«Y sucedió que yendo de viaje, entró él en una cierta aldea, y «una mujer, que se llamaba Marta, lo recibió en su casa, y esta «tenia una hermana llamada María, la cual tambien sentada á los «piés del Señor escuchaba sus palabras; pero Marta se afanaba en «tre los muchos cuidados de la casa...»

1.º *¿Cuál fue la fortuna comun de estas dos hermanas?* Esta consistia en su union. *Union fundada en la proximidad de la sangre,* porque eran hermanas, y vivian de amigas. ¡Oh y cuán dulce es una tal union! Pero ¡oh y cuán digno es de compasion el ver que haya venido á ser tan rara la amistad entre hermanos y hermanas, cuando llegan á una cierta edad!... *Union fortificada por la piedad...* Eran las dos fervorosas israelitas, esperaban al Mesías, estaban atentas á todo cuanto se contaba de Jesucristo, y conmovidas de ello... Sin la piedad no puede haber una union sólida... *Union cons-*

tante, no obstante la diversidad de caractéres... Las dos hermanas, aunque entre sí unidas, no tenian la misma inclinacion. Marta, encargada del cuidado y del gobierno de la casa, amaba la accion y el trabajo, y no estaba jamás desocupada. María, dejando el cuidado de todo á su hermana mayor, amaba la contemplacion, la meditacion, la oracion y los ejercicios de la vida interior. Cada una seguia su gusto y su vocacion, y esta diversidad, léjos de alterar la union, mantenía la armonía, y causaba una mútua edificacion y una estimacion recíproca... ¡Feliz aquella familia y aquella comunidad en que reina una tal union!

2.º *¿Cuál fue la fortuna particular de Marta?*... Fue de recibir á Jesús en su casa, y de emplear toda su actividad en servirlo. Por esto ella es el modelo y la protectora de las personas encargadas de los cuidados domésticos, ocupadas en servir, alimentar y mantener los miembros de Jesucristo y en trabajar por él trabajando por ellos. Estas personas así ocupadas deben imitar el fervor del trabajo y la pureza de intencion de Marta.

3.º *¿Cuál fue la fortuna particular de María?*... Fue estar al lado de Jesucristo y escucharlo. Si Marta lo recibió en su casa y trabajó por él, María no solo participó de esta buena obra, sino que procuró tambien aprovecharse de la presencia de un tal huésped, escuchando sus varias lecciones. Para no perder nada de ellas estuvo tambien sentada á sus piés, en la postura exterior mas humilde, y en el mas profundo é interior recogimiento. Por eso mereció ella ser mirada de la Iglesia como figura de María, Madre de Jesús, que conservaba con tanto cuidado en su corazòn todo lo que oia decirse de Jesús, ó lo que oia hablar al mismo.

¿Quién nos impide gozar los mismos favores que Marta y María? Nosotros podemos, como la primera, recibir á Jesucristo en nuestra casa, por medio de una fervorosa comunión, y podemos, como María, ó sea en la comunión, ó sea en otro tiempo, estarnos á sus piés, escucharlo, y alimentarnos de su celestial doctrina. ¡Ah si nosotros le fuésemos fieles, cuántos felices momentos no pasaríamos en ellos, y cuántas delicias gustaríamos!

PUNTO II.

Quejas de Marta contra María su hermana.

Lo 1.º *Quejas que se enderezan solo á Jesús...* «Marta, pues, se «afanaba entre los ministerios de la casa, y se presentó, y dijo: Se-